

Joseph Roth

# La Marcha Radetzky

Traducción del alemán  
de Isabel García Adánez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Radetzkymarsch*

Primera edición: 2020

Segunda edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez / [www.elsasuearez.com](http://www.elsasuearez.com)

Imagen: © GL Archive / Alamy Stock Photo / Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Isabel García Adánez, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-843-1

Depósito legal: M. 7.579-2022

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Primera parte

### I

Los Trotta eran nuevos nobles. Al fundador de su linaje le habían concedido el título nobiliario después de la batalla de Solferino. Era esloveno. Sipolje, el nombre del pueblo del que procedía, fue lo que dio el complemento a su título. El destino había elegido a aquel Trotta para llevar a cabo una gran hazaña. Luego ya se encargó él de que la posteridad olvidase su nombre. En la batalla de Solferino le habían asignado el mando de una sección como teniente de infantería. Había transcurrido media hora de combate. Veía la espalda blanca de los soldados a tres pasos de distancia. La primera fila de su pelotón estaba de rodillas; la segunda, de pie. Todos se sentían animados y seguros de la victoria. Habían comido en abundancia y bebido aguardiente, a costa y a la salud del emperador, que desde la víspera se hallaba en el campo de batalla. Aquí y allá caía algún soldado de la fila. Trotta volaba a cada hueco y disparaba las escopetas huérfanas de muertos y heridos. Tan pronto ceñía la fila deshilvanada como la aligeraba de nuevo, centuplicando la agudeza de sus ojos para mirar en todas direcciones, aguzando los oídos en todas direcciones. Entre el fragor de los disparos, su prodigiosa audición le permitía distinguir la voz brillante del capitán dando órdenes puntuales. Su vista de lince atravesaba la niebla gris azulada que envolvía las líneas

del enemigo. No disparó ni una vez sin apuntar certeramente y no hubo disparo que no diera en el blanco. Los hombres percibían su mano y su mirada, oían sus órdenes y se sentían seguros.

El enemigo se tomó un descanso. Por la larguísima hilera del frente se había transmitido el alto al fuego. Aquí y allá se captaba todavía el traqueteo de alguna biqueta cargando el arma; aquí y allá resonaba todavía algún disparo solitario y tardío. La niebla gris azulada que mediaba entre los frentes empezó a clarear un poco. De pronto, se encontraron en pleno calor del mediodía, bajo un sol plateado, cubierto y tormentoso. Y, entre el teniente y la espalda de los soldados, emergió el emperador junto a dos oficiales del Ejército Mayor. En ese momento, el soberano se llevaba a los ojos los prismáticos que le alargaba uno de ellos. Trotta sabía lo que implicaba eso: aun suponiendo que el enemigo estuviera batiéndose en retirada, la retaguardia vuelta hacia los austriacos, quien levantaba unos prismáticos se delataba como un blanco idóneo para recibir un disparo. Y era el joven emperador. Trotta sintió el corazón en un puño. El miedo a una catástrofe inimaginable e infinita que lo aniquilaría, como aniquilaría también al regimiento, al ejército, al Estado y al mundo entero, le provocó un escalofrío de fuego por todo el cuerpo. Le temblaban las rodillas. Y fue la eterna rabia que el oficial subalterno destinado al frente alberga hacia los caballeros de alto rango del Ejército Mayor, esos caballeros que no tienen ni idea de la amarga realidad del campo de batalla, la que lo empujó a hacer aquello que habría de inmortalizar al apellido Trotta en la historia de su regimiento. Con ambas manos, agarró al monarca por los hombros para obligarlo a agacharse. Debió de agarrarlo con demasiada fuerza. El emperador cayó al suelo de inmediato. Los escoltas se

apresuraron a atenderlo. En el mismo instante, una bala le atravesó el hombro izquierdo al teniente, la misma bala que habría dado de pleno en el corazón del monarca. Mientras éste se incorporaba, el teniente se desplomó. Por doquier, a lo largo de todo el frente, fue despertando el desordenado e irregular repiqueteo de los fusiles, alarmados, arrancados del sueño. El emperador, pese a las impacientes advertencias de sus acompañantes para que abandonase el lugar del peligro, se inclinó sobre el teniente caído y, cumpliendo con su obligación imperial, preguntó cómo se llamaba al desmayado, pero ya no oía nada. Corriendo, con la espalda encogida y agachando la cabeza, llegaron un médico del regimiento, un suboficial sanitario y dos hombres con una camilla. Los oficiales del Ejército Mayor ordenaron al emperador ponerse cuerpo a tierra y luego se echaron ellos.

—¡Aquí! ¡Al teniente! —gritó el emperador desde el suelo al médico que llegaba sin resuello.

Entretanto, el fuego había cesado de nuevo. Al tiempo que el alférez se plantaba frente a la fila y anunciaba con voz brillante: «¡Yo asumo el mando!», Francisco José y sus escoltas se levantaron, los sanitarios abrocharon cuidadosamente las correas de la camilla para sujetar al teniente y se retiraron hacia el puesto de mando del regimiento, donde una tienda de campaña blanca como la nieve protegía el puesto más próximo para atender a los heridos.

Trotta tenía destrozada la clavícula izquierda. La bala, alojada directamente bajo el omóplato, se la extrajeron en presencia del supremo señor de los ejércitos y entre los atroces gritos del herido, a quien el dolor despertó de su inconsciencia.

Trotta se recuperó al cabo de cuatro semanas. Cuando regresó a su guarnición del sur de Hungría, le habían

concedido un ascenso a capitán, además de la más alta de las condecoraciones –la Orden de María Teresa– y un título nobiliario. A partir de entonces su nombre sería capitán Joseph Trotta von Sipolje. Como si le hubieran cambiado su propia vida por una ajena, nueva y confeccionada en un taller, cada noche antes de dormir y cada mañana al despertar se repetía su nuevo rango y su nueva condición, se miraba al espejo y constataba que su cara seguía siendo la misma de antes. El ahora noble capitán Trotta parecía haber perdido la pauta entre, por un lado, el torpe trato campechano con que sus camaradas intentaban salvar la distancia que el inexplicable destino había abierto de golpe entre ellos y, por el otro, sus propios esfuerzos vanos por tratar a todo el mundo con la naturalidad de siempre, y tenía la sensación de que, en adelante, se vería condenado de por vida a caminar sobre terreno resbaladizo con botas prestadas, perseguido por inquietantes rumores y recibido con miradas recelosas. Su abuelo había sido un pequeño campesino; su padre, suboficial contable y, más adelante, guardia de la gendarmería en el territorio fronterizo del sur del Imperio. Después de perder un ojo defendiendo la frontera de los contrabandistas bosnios, había vivido como militar inválido y guarda de los jardines del castillo de Laxenburg, donde daba de comer a los cisnes, recortaba los setos, guardaba el laburno en primavera y después el escaramujo de manos ladronas no autorizadas a llevarse sus flores, en las noches templadas, echando a las parejas de enamorados sin techo de los bancos a oscuras que tan amablemente se les ofrecían. El rango de teniente de infantería parecía lo natural y apropiado para el hijo de un suboficial. Sin embargo, el capitán condecorado y noble que ahora iba como flotando en una nube de oro, envuelto en el esplendor ajeno y casi inquietante que im-

plicaba la gracia del emperador, de pronto vio cómo su padre pasaba a ocupar un lugar en la distancia, y también el amor contenido que profesaba hacia el anciano pareció imponer una nueva forma de trato entre ellos, un comportamiento más distante. El capitán llevaba cinco años sin ver a su padre; no obstante, cada dos semanas, cuando en la eterna rutina castrense volvía a tocarle el turno de guardia en el cuartel, escribía al anciano una breve carta a la luz mortecina y temblorosa de la vela de la oficina, después de inspeccionar los puestos y anotar las horas de los relevos correspondientes en el diario de operaciones, haciendo constar bajo la rúbrica «Incidencias» un enérgico y claro «Ninguna» que casi parecía negar hasta la posibilidad más remota de que pudiera darse una incidencia alguna vez. Las cartas se parecían unas a otras como los partes administrativos: todas iban escritas en papel amarillento y fibroso, tamaño octavo; a la izquierda, el encabezado «Querido padre:», a cuatro dedos del margen superior y dos del lateral; comenzaban con la escueta referencia al buen estado de salud del remitente, seguían con la esperanza de que así fuera también el caso del destinatario y, en párrafo nuevo y simetría diagonal con respecto al encabezado, abajo a la derecha, concluían siempre con el invariable giro «Con la devoción de tu agradecido y fiel hijo, Joseph Trotta, teniente». ¿Cómo hacer, ahora que, gracias al nuevo rango, ya no le tocaba participar en los antiguos turnos de guardia, para cambiar aquella forma reglamentaria de las cartas, la que así venía preestablecida para toda la vida de un soldado, e insertar, entre aquellas frases normativas, noticias extraordinarias sobre circunstancias que también resultaban extraordinarias y que ni siquiera él mismo había llegado a asimilar aún? La silenciosa noche en que el capitán Trotta, por primera vez desde su

recuperación, se sentó a cumplir con el deber de la correspondencia ante aquella mesa en la que tantos hombres aburridos se habían entretenido haciendo muescas y tallas con sus cuchillos, reconoció que jamás llegaría más lejos del encabezado «Querido padre:». Y apoyó la infértil pluma en el tintero, retiró un trocito del tembloroso pábilo de la vela como si esperase de su luz conciliadora alguna feliz ocurrencia y alguna frase acertada, y su mente se dispó suavemente hacia los recuerdos, hacia la infancia, el pueblo, la madre y la escuela de cadetes. Se puso a contemplar las gigantescas sombras que arrojaban objetos pequeños sobre las paredes desnudas y pintadas de azul y la línea brillante, ligeramente curva, del sable colgado del gancho de la pared junto a la puerta, con la dragona enganchada en la empuñadura. Escuchó el incansable sonido de la lluvia en el exterior y su alegre tamborileo sobre el alféizar revestido de metal de la ventana. Y se levantó por fin, con la determinación de visitar a su padre a la semana siguiente, después de la audiencia a la que le ordenarían ir unos días más tarde para expresarle su agradecimiento al emperador.

Pasada una hora, directamente después de la audiencia, que consistió en diez minutos de graciosa presencia del emperador y luego diez o doce de unas preguntas leídas de los papeles a las que había que responder bien firmes –«¡Sí, majestad!»– para luego, con suavidad pero también con determinación, concluir con una salva de fusil, partió en coche de caballos para ir a ver a su padre en Laxenburg. Halló al anciano en la cocina de su vivienda de guarda, en mangas de camisa, sentado a la mesa de madera sin barnizar, sobre la que tenía un pañuelo azul oscuro con ribetes rojos, frente a una hermosa taza de café humeante y aromático. El bastón de madera de guindo, rojiza y muy nudosa, estaba colgado

del puño en el tablero de la mesa y se mecía sin hacer ruido. Una bolsa de cuero rugoso, medio abierta y repleta de hebras de tabaco de liar, descansaba junto a la pipa larga de arcilla blanca, amarillenta y tostada. Su tono hacía juego con el imponente bigote blanco del padre. El capitán Joseph Trotta von Sipolje se vio como un dios militar en medio de aquella esfera íntima tan rústica y humilde, con su banda resplandeciente, el casco brillante como un sol negro que desprendiera rayos propios, las botas de caña alta y lisa, lustradas con fogoso brío, con espuelas relucientes, dos hileras de botones tan dorados que casi centelleaban en la levita y bendecido por el poder supraterrrenal de la Orden de María Teresa. Así se encontraba ahora el hijo frente al padre, quien se puso lentamente de pie, como intentando que la lentitud del saludo estuviera a la altura del esplendor del joven. El capitán Trotta besó la mano de su padre, inclinó la cabeza y recibió un beso en la frente y otro en la mejilla.

–Siéntate –le dijo el anciano.

El capitán se desabrochó parte de sus refulgentes accesorios y se sentó.

–Te felicito –dijo el padre con su voz de siempre, en ese alemán lleno de aristas de los oficiales eslavos. Las consonantes brotaban de sus labios con la dureza de los truenos y cargaba ligeramente las sílabas finales. Cinco años atrás aún hablaba a su hijo en esloveno, aunque el muchacho no entendía más que cuatro palabras y no era capaz de articular él mismo ni una sola. Ese día, en cambio, al padre habría de antojársele una muestra de confianza excesiva el uso de su lengua materna con aquel hijo al que la gracia del destino y del emperador habían colocado ahora tan lejos, en tanto que el capitán prestaba atención a los labios de su padre esperando celebrar el

primer sonido esloveno como algo lejano, aunque familiar, y propio, si bien ya perdido.

–¡Te felicito! ¡Qué gran honor! –repetía el guarda del castillo con sus atronadoras consonantes–. En mis tiempos nunca iban las cosas tan deprisa. ¡En mis tiempos aún estaba Radetzky haciéndonos la vida imposible!

«Éste es el final definitivo», pensó el capitán Trotta. Lo separaba de su padre una pesada montaña de grados militares.

–¿Le queda *rakija*, padre? –dijo por aferrarse al último ápice de algo en común.

Bebieron, brindaron y volvieron a beber; después de cada trago, el padre gemía, se perdía entre interminables toses, se ponía morado y escupía, y ya se tranquilizó poco a poco y empezó a contar toda suerte de historias de sus propios tiempos en el ejército, con la inequívoca intención de hacer que los méritos y la carrera de su hijo parecieran menores. Finalmente, el capitán se puso de pie, besó la mano de su padre, recibió un beso paternal en la frente y en la mejilla, se abrochó el sable, se puso el casco y se marchó..., con la consciencia y la certeza de que había visto a su padre por última vez en la vida.

No le volvió a ver. El hijo siguió escribiendo al padre las cartas de siempre, pero ya no existía más relación visible entre ambos: el capitán Trotta se había soltado definitivamente de la larga cadena de campesinos eslavos que fueran sus antepasados. Como correspondía a su rango, Trotta se casó con la adinerada –ya no tan joven– sobrina de su coronel, hija de un capitán de distrito de la Bohemia occidental; engendró un hijo varón; disfrutó de la uniformidad de su sana vida militar en la pequeña guarnición, y se dedicó a cabalgar hasta el campo de ejercicios cada mañana y a pasar la tarde jugando al ajedrez con el notario en el café; se hizo a su rango, su posi-

ción, su dignidad y su fama. Poseía unas aptitudes militares acordes con la media y todos los años, durante las maniobras, daba de ellas una prueba acorde con la media, era un buen esposo, desconfiado con las mujeres; contrario a los juegos de azar; gruñón, pero justo en su servicio al ejército, y acérrimo enemigo de toda mentira, del comportamiento poco masculino, del cobarde afán de seguridad, de los elogios farragosos y de las ambiciones enfermizas. Era tan básico e intachable como su hoja de servicios y únicamente la cólera que a veces se adueñaba de él habría permitido intuir a un buen conocedor de la naturaleza humana que también en el alma del capitán Trotta apuntaban esos abismos nocturnos en los que duermen las tormentas y las voces desconocidas de ancestros sin nombre.

El capitán Trotta no leía libros y compadecía en secreto a su hijo, quien, a medida que se hacía mayor, se veía obligado a enfrentarse a pizarra, estilete y borrador, papel, cartabón y reglas de multiplicar, y a quien ya esperaban los inevitables libros de lectura. El capitán aún estaba convencido de que también su hijo sería soldado. Ni se le pasaba por la cabeza que (desde su presente hasta la extinción de su estirpe) un Trotta pudiera ejercer ninguna otra profesión. De haber tenido dos, tres, cuatro hijos –aunque su esposa era enfermiza y necesitaba médicos y curas de reposo, y un embarazo suponía un riesgo para ella–, todos habrían sido soldados. Así pensaba entonces, todavía, el capitán Trotta. Se hablaba de una nueva guerra y él estaba dispuesto a ir cualquier día. Es más, casi daba por hecho que había nacido para morir combatiendo. Su sólida sencillez consideraba la muerte en el campo de batalla una consecuencia necesaria de la fama del guerrero. Hasta que, un día, con displicente curiosidad, cogió el primer libro de lectura de su hijo, que acababa

de cumplir los cinco años y que, gracias a la ambición de su madre, ya tenía un profesor particular para enseñarle antes de tiempo lo que son las calamidades de la escuela. Leyó la oración matinal en verso, la misma desde hacía décadas; él mismo la recordaba todavía. Leyó «Las cuatro estaciones», «La zorra y la liebre» y «El rey de los animales». Abrió por la página del índice y encontró el título de un texto que parecía aludir a su propia persona, pues rezaba: «Francisco José I en la batalla de Solferino»; leyó y necesitó sentarse. «En la batalla de Solferino –así comenzaba el pasaje–, nuestro emperador y rey Francisco José I se vio en grave peligro». El propio Trotta salía en el texto, Pero ¡qué tremenda transformación! «En el frenesí de la batalla –se leía–, el monarca se había aventurado a avanzar tanto que, de pronto, se encontró rodeado por la caballería enemiga. En aquel instante de emergencia máxima, apareció un jovencísimo teniente a lomos de un alazán bañado en sudor, blandiendo el sable. ¡Ah! ¡Cómo llovieron los golpes sobre la cabeza y el cuello de los jinetes enemigos!» Y luego: «Una lanza enemiga atravesó el pecho del joven héroe, aunque la mayoría de los enemigos habían sido aniquilados ya. Espada en mano, al joven monarca impertérrito no le costó defenderse de los ataques, cada vez más débiles. Para entonces, la caballería enemiga al completo había sido hecha prisionera. El joven teniente (Joseph von Trotta era el nombre de tal caballero), a su vez, recibió el más alto reconocimiento que nuestra patria concede a sus héroes: la Orden de María Teresa».

Con el libro en la mano, el capitán Trotta se dirigió hacia el pequeño huerto de frutales que cuidaba su esposa las tardes de buen tiempo y, con los labios sin sangre y en voz muy baja, le preguntó si tenía conocimiento de aquel texto infame. Ella asintió sonriendo.

–¡Pero si es todo mentira! –gritó el capitán, arrojando el libro a la tierra húmeda.

–Es para niños –respondió su esposa con dulzura.

El capitán le dio la espalda. La cólera lo hacía temblar como la tormenta a un débil arbusto. Se apresuró a entrar en la casa, con el corazón desbocado. Era la hora del ajedrez. Descolgó el sable de su gancho, se lo abrochó a la cintura con un tirón fuerte y rabioso y abandonó la casa dando grandes y muy enérgicas zancadas. Quien lo viera lo habría creído capaz de llevarse por delante a un tropel de enemigos. En el café, tras perder dos partidas sin haber dicho ni una palabra, con la pálida y estrecha frente surcada por cuatro profundas líneas horizontales bajo el cabello cortado a cepillo, derribó las figuras con un rabioso manotazo y le dijo a su compañero de juego:

–¡Tengo que despachar con usted!

Silencio.

–Se ha cometido un abuso para con mi persona –prosiguió, clavando la mirada en los brillantes cristales de los anteojos del notario; al cabo de un rato, se dio cuenta de que le faltaban las palabras. Tendría que haber traído consigo el libro de lectura. Con el abominable objeto entre las manos le habría resultado la explicación mucho más fácil.

–¿Qué clase de abuso? –preguntó el jurista.

–Yo jamás he servido en la caballería. –Creyó el capitán Trotta que era la mejor manera de comenzar, aunque él mismo hubo de reconocer que así no iban a entenderlo-. Y ahora van esos sinvergüenzas de escribientes y ponen en los libros infantiles que irrumpí a lomos de un alazán bañado en sudor, eso escriben, para salvar al monarca, eso es lo que ponen.

El notario comprendió. Él mismo conocía el texto de los libros de lectura de sus hijos.

–Le está dando usted una importancia excesiva, capitán –dijo–. Tenga en cuenta que es para niños.

Trotta lo miró espantado. En aquel momento, tuvo la sensación de que el mundo entero se había confabulado en su contra: los que escribían los libros de lectura, el notario, su esposa, su hijo, el profesor particular...

–Todos los hechos históricos –dijo el notario– se representan de otra manera para enseñarlos en la escuela. Y está bien así, en mi opinión. Los niños necesitan ejemplos que ellos entiendan, que se les queden grabados en la memoria. La verdad ya la descubren más adelante.

–¡La cuenta! –pidió el capitán, poniéndose de pie.

Se dirigió al cuartel, sorprendió al oficial de servicio, el teniente Amerling, con una señorita en el despacho del oficial contable, fue él mismo a inspeccionar los puestos de guardia, mandó llamar al sargento mayor, mandó que se presentara a redactar el parte el suboficial de servicio, mandó formar a la compañía y mandó hacer ejercicios de artillería en el patio. Confusos y temblorosos, todos lo obedecieron. En todas las secciones faltaban algunos hombres, porque no pudieron localizarlos. El capitán Trotta mandó leer sus nombres en voz alta.

–¡Que consten en el parte de mañana! –le dijo al teniente.

La tropa resollaba haciendo sus ejercicios. Las baquetas traqueteaban, las correas volaban por los aires, las manos ardientes agarraban los fríos cañones de metal con sonoras palmadas, las potentes culatas se clavaban con rotundos golpes en el suelo seco y blando.

–¡Carguen! –ordenó el capitán.

El aire se quedó temblando por las huecas salvas con cartuchos de fogeo.

–¡Media hora de ejercicios de salutación! –ordenó el capitán.

A los diez minutos, dio una orden diferente:

—¡De rodillas! ¡A rezar!

Más tranquilo, se quedó escuchando el ruido sordo de las duras rodillas que caían sobre tierra, gravilla y arena. Seguía siendo el capitán, amo y señor de su compañía. Ya les enseñaría él la lección a esos escribientes.

Aquel día no fue al casino, ni siquiera cenó, se metió en la cama. Durmió pesadamente y sin soñar. A la mañana siguiente, junto con el parte de los oficiales, presentó al coronel una queja, escueta pero enérgica. Se le dio curso. Y ahí comenzó el calvario del capitán Joseph Trotta, caballero de Sipolje, el Caballero de la Verdad. Pasaron semanas hasta que, desde el Ministerio de Guerra, llegó la respuesta de que la queja había sido trasladada al Ministerio de Cultura y Educación. Y de nuevo pasaron semanas, hasta que, un día, llegó la respuesta del ministro. Rezaba así:

Ilustrísimo capitán, muy señor mío:

En respuesta a la queja de Su Ilustrísima con respecto al texto número quince de los libros de lectura homologados para la enseñanza en escuelas populares y burguesas de Austria por mor de la Ley del 21 de julio de 1864, texto redactado y editado por los catedráticos Weidner y Srdcny, el ministro de Educación se permite, con todos los respetos de Su Ilustrísima, rogarle preste atención a la circunstancia de que los textos de los libros que incluyen lecturas de relevancia histórica, y en especial lecturas que tratan de Su Majestad el emperador Francisco José en persona, o también de otros miembros de la más alta Casa Imperial, por mor del Decreto del 21 de marzo de 1840, han de ser adaptados a la capacidad intelectual de los escolares y elaborados para responder a los mejores fines pedagógicos. El texto mencionado, la susodicha lectura número quince a la que Su Ilustrísima alude en su queja, le fue presentada

personalmente a Su Excelencia, el ministro de Cultura, y por él mismo fue autorizada para su uso en la enseñanza en las escuelas. Obedece por entero a las intenciones de las altas instancias educativas, y no menos a las de las inferiores, presentar a los escolares de la monarquía los actos heroicos llevados a cabo por los miembros de nuestro ejército en la forma que más se adecúen al carácter infantil, la fantasía y los sentimientos patrióticos de esas generaciones en fase de desarrollo, a saber, sin restarles veracidad a los acontecimientos relatados, pero también sin caer en un tono seco, tan carente de todo estímulo de la fantasía como de dichos sentimientos patrióticos. A la vista de estas consideraciones y de otras similares, el abajo firmante ruega a Su Ilustrísima, con el mayor de los respetos, tenga a bien desestimar la queja que presenta.

El escrito venía firmado por el ministro de Cultura y Educación. El coronel se lo entregó al capitán Trotta con un paternal comentario: «Deja el asunto».

Trotta cogió el documento y no dijo nada. Una semana más tarde, por el procedimiento pertinente, solicitó una audiencia con Su Majestad y, tres semanas después, por la mañana, se encontró cara a cara frente al supremo señor de los ejércitos.

–Hágase cargo, querido Trotta –dijo el emperador–. Es un asunto muy desagradable. Claro que ninguno de los dos salimos mal parados... ¡Déjelo estar, hombre!

–Majestad –replicó el capitán–, es una mentira.

–Es que se miente mucho –corroboró el emperador.

–Yo no puedo..., majestad –logró articular el capitán.

El emperador se acercó al capitán. El monarca apenas era más alto que Trotta. Se miraron a los ojos.

–Mis ministros –comenzó Francisco José– tienen que saber lo que hacen. Yo me tengo que fiar de ellos. ¿Me entiende, querido capitán Trotta?

Y, al cabo de un rato, añadió:

—Ya lo arreglaremos. Ya verá.

La audiencia tocó a su fin.

El padre aún vivía. Pero Trotta no fue a Laxenburg. Regresó a su guarnición y solicitó la licencia del ejército.

Fue licenciado con el grado de mayor. Se trasladó a Bohemia, a la pequeña hacienda de su suegro. La gracia del emperador, sin embargo, no lo abandonó. Unas semanas más tarde, recibió la noticia de que el monarca había decidido destinar cinco mil coronas de sus arcas privadas a la educación del hijo de quien le había salvado la vida. Al mismo tiempo, se firmó la concesión del título de barón a Trotta.

Joseph Trotta, barón Von Sipolje, aceptó las mercedes del emperador de mala gana, como una ofensa. La campaña contra Prusia se hizo sin él y se perdió. Sentía rencor. Sus ojos habían perdido el brillo, ya se le habían vuelto plateadas las sienes, el paso lento, la mano pesada, la boca más parca en palabras que antes... Aunque era un hombre en la mejor edad, tenía aspecto de estar envejeciendo deprisa. Expulsado del paraíso de la sencilla fe en el emperador y la virtud, en la verdad y la justicia, preso del soportar y callar, hubo de reconocer que es la inteligencia lo que garantiza la continuidad del mundo, el poder de las leyes y el esplendor de las majestades. Gracias al deseo que el emperador expresó en cierta ocasión, el texto número quince desapareció de los libros de lectura de las escuelas de la monarquía. El nombre Trotta tan sólo se conservó en los anales anónimos del regimiento. El mayor siguió con su vida en calidad de anónimo portador de una fama que se había desvanecido pronto, como sombra fugaz que arroja al luminoso mundo de los vivos un objeto secreto escondido. En la hacienda de su suegro, trajinaba con la regadera y las tijeras de jardín, y, a se-

mejanza de su padre, recortaba los setos y repasaba el césped; en primavera guardaba el laburno y después el escaramujo de manos ladronas no autorizadas a llevarse sus flores; sustituía los piquetes ennegrecidos de las cercas por otros nuevos y bien lijados; arreglaba los pertrechos y herramientas; ponía el bozal y ensillaba él mismo los caballos castaños; reemplazaba los candados oxidados de portones y verjas; se esmeraba en colocar palitos de madera recién tallados para sujetar los goznes de las puertas que cedían al cansancio; pasaba días enteros en el bosque cazando presas menores; pernoctaba donde el guardabosques, y se ocupaba de las gallinas, el abono y la tierra, de la fruta y las flores de los emparrados, del mozo y del cochero. Hacía las compras con racanería y desconfianza, sacando las monedas de su gastado saquito de cuero como si le quemaran los dedos y apresurándose a guardarlo de nuevo en la pechera. Se convirtió en un pequeño campesino esloveno. A veces aún se adueñaba de él su antiguo espíritu colérico y lo hacía temblar como una tormenta fuerte a un débil arbusto. Entonces azotaba al mozo y azotaba los flancos de los caballos; daba tremendos portazos con las puertas que él mismo había arreglado; amenazaba a los jornaleros con la muerte y el exterminio, y, en la mesa, apartaba el plato de la comida con rabioso ademán y se quedaba en ayunas y rabiaba. A su lado, débiles y enfermizos, en habitaciones separadas, vivían la esposa, el hijo –para quien sentarse a la mesa a comer era la única ocasión de ver a su padre, al que tenía que presentar las notas del colegio dos veces al año, sin recibir nunca ni elogios ni críticas de su parte– y el suegro, un hombre que gastaba su pensión alegremente, amaba a las jovencitas, pasaba semanas en la ciudad y tenía miedo a su yerno. Un pequeño campesino esloveno: eso era el barón Trotta. Seguía es-

cribiendo a su padre, dos veces al año, a última hora de la tarde y a la temblorosa luz de una vela, una carta en papel amarillento en tamaño octavo, a cuatro dedos del margen superior y dos del lateral, con el encabezado «Querido padre:». Muy raras veces recibía respuesta. Cierto es que el barón pensó más de una vez en ir a ver a su padre. Hacía mucho que sentía añoranza del viejo guarda, con su rústica y humilde parquedad, sus hebras de tabaco de liar y su *rakija* casero. Pero el hijo no era dado a gastar, como no lo habían sido su padre, su abuelo ni su bisabuelo. Ahora volvía a estar más cerca del inválido del castillo de Laxenburg que años atrás, cuando, envuelto en el recién estrenado esplendor de su nuevo título nobiliario, se había sentado a beber aguardiente con él en su pequeña vivienda de paredes pintadas de azul. Con su esposa no hablaba nunca de sus orígenes. Sentía que a la hija del anciano funcionario del Estado la separaría de un guarda esloveno un embarazoso sentimiento de superioridad. Así que tampoco invitaba a su padre.

Una vez, un día de marzo de cielo despejado, mientras el barón se dirigía a ver al administrador de la hacienda dando zancadas por el pedregoso suelo, un criado le trajo una carta de la Administración del castillo de Laxenburg. El inválido había muerto; el deceso se había producido durante el sueño, sin sufrimiento, a la edad de ochenta y un años. Todo lo que dijo el barón Trotta fue:

—Ve a decirle a la baronesa que se ocupe de la maleta, esta noche me voy a Viena.

Siguió su camino hacia la casa del administrador, se informó sobre la siembra, habló del tiempo, dio orden de adquirir tres arados nuevos, de que acudieran, el lunes, el veterinario y, ese mismo día, la matrona para asistir a una criada encinta, y al despedirse dijo:

—Ha muerto mi padre. Pasaré tres días en Viena.

Displicente, hizo el saludo militar con un dedo y se marchó.

Tenía preparada la maleta, los caballos estaban enganchados al coche y hasta la estación había una hora de viaje. Se tomó la sopa y la carne a toda prisa. Luego le dijo a su esposa:

—¡No puedo seguir así! Mi padre era un buen hombre. ¡Tú no lo viste ni una vez en tu vida!

¿Era una llamada de atención póstuma? ¿Un reproche?

—¡Tú vienes conmigo! —le dijo a su hijo, para susto de éste. La mujer se levantó a preparar también la maleta del niño. Mientras ella se afanaba un piso más arriba, Trotta le dijo al pequeño—: Ahora conocerás a tu abuelo.

El niño se echó a temblar y bajó los ojos.

El guarda del castillo de Laxenburg estaba amortajado cuando llegaron. Con su imponente bigote erizado, de uniforme azul marino y con tres brillantes medallas en el pecho, yacía sobre el catafalco instalado en su cuarto de estar, enmarcado por ocho velas de un metro de altura y custodiado por dos camaradas, inválidos como él. Una ursulina rezaba en el rincón, junto a la única ventana, tapada por una cortina. Los inválidos se pusieron firmes al entrar Trotta. Llevaba su uniforme de mayor y la Orden de María Teresa; se arrodilló y también su hijo se puso de rodillas a los pies del difunto, y ante su joven rostro quedaron las imponentes suelas de las botas del cadáver. Por primera vez en su vida, el barón Trotta sintió una pequeña punzada, muy aguda, en la región del corazón. Sus ojos pequeños se mantuvieron secos. Murmuró uno, dos, tres padrenuestros de compromiso, se levantó, hizo una reverencia al difunto, le besó el imponente bigote, hizo el saludo militar a los inválidos y le dijo a su hijo:

–Ven.

Ya fuera de la casa, le preguntó:

–¿Lo has visto?

–Sí –dijo el niño.

–No era más que un guarda de la gendarmería –dijo el padre–. Yo le salvé la vida al emperador en la batalla de Solferino... y nos concedieron la baronía.

El niño no dijo nada.

Enterraron al inválido en el pequeño cementerio de Laxenburg, en la sección militar. Seis camaradas de azul marino transportaron el ataúd desde la capilla hasta la fosa. El mayor Trotta, con casco y uniforme de gala, mantuvo la mano sobre el hombro de su hijo todo el tiempo. El niño sollozaba. La música triste de la banda militar, el melancólico y monótono canto de los sacerdotes y el olor a incienso que se iba disolviendo en el aire le causaban un dolor incomprensible y que no le dejaba ni respirar. Y las salvas que medio pelotón disparó ante la tumba lo hicieron estremecerse con una crueldad que tardaría mucho en borrarse de su recuerdo. Despedían con saludos militares el alma del difunto que ascendía directa al cielo, abandonando este mundo para siempre.

Padre e hijo regresaron a casa. Durante el camino, el trayecto entero, el barón guardó silencio. No habló hasta que bajaron del tren para subir al coche que los esperaba detrás del jardín de la estación:

–No te olvides de él, de tu abuelo.

Y siguió con su rutina cotidiana. Y pasaron los años, corrieron como si fueran sobre ruedas, en uniformidad, paz y silencio. El guarda del castillo de Laxenburg no fue el único a quien el barón habría de enterrar. Primero enterró a su suegro y unos años después a su esposa, que murió en poco tiempo, sin ruido y sin despedida, de una pulmonía severa. Trotta mandó a su hijo a Viena a un